

haber fundado la república antes que ningún pueblo, y podíamos imitar las instituciones militares de Suiza antes que ningún pueblo.

No lo hemos hecho; ¿por qué? Porque al general Prim le sobra valor militar, pero le falta valor civil; no teme una batalla, y teme una coalición, que al fin y al cabo no es más que una grande confusión.

Pues bien; las naciones europeas todas caminan á una cosa: caminan á la sustitución de la guerra por el trabajo. Las naciones antiguas, como quiera que encomendaban el trabajo á los esclavos, no podían abandonar la guerra sin perderse en la putrefacción que trae consigo el reposo.

Pero nosotros, que batallamos con la materia, que llevamos en la mano el rayo del cielo, y le confiamos al abismo del mar, nosotros no podemos envilecernos, no podemos degradarnos, aunque no tengamos la fuerza del ejército, porque tenemos otra batalla más grande, más divina: la batalla del trabajo.

Porque al fin, ¿qué hace el guerrero? Comparad lo que hace un guerrero con lo que hace un trabajador.

El guerrero destroza, tala, siembra de cadáveres un campo inmenso, y esos cadáveres siembran á su vez la peste por la tierra, en tanto que el trabajador teje y viste; labra y reparte el vino de la vida entre todos los hombres; cincela y puebla de estatuas el mundo; pinta y anima las tablas y los lienzos: se llama Franklin, y le roba á las nubes el rayo; se llama Wath, y entrega á la humanidad la fuerza del

vapor; se llama Galileo, y obliga á los astros á descender á sus telescopios; porque el trabajador, desde el más humilde hasta el más glorioso, es el verdadero artista, el verdadero sacerdote de la naturaleza, el continuador de sus obras, que habiendo recibido un planeta agrio, erizado de abrojos, lo ha pulido, lo ha hermoñado, lo ha hecho más digno del Creador que en los primeros días de la creación, y empapándolo en el sudor fecundo del trabajo, tan contrario á la sangre de las batallas, lo ha empapado en lo que hay de más divino bajo los cielos: en el inmortal espíritu del hombre. Yo os pido, pues, ya que os llamáis liberales, demócratas, partidarios del advenimiento del pueblo á la vida pública, yo os pido que, con una gran reforma en el ejército, cerréis la era de la guerra y abráis la era del trabajo. He dicho.

RECTIFICACIÓN

AL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO.

Dos palabras tan sólo, Sr. Presidente, para no fatigar á la Cámara.

Yo no he dicho que no quiera ningún sistema de ejército; he dicho que quería el sistema suizo, y en Suiza hay 200.000 hombres.

No he tratado de insultar al ejército. Lo que he dicho es que la voluntad de los ejércitos suele ser en política muy cambiante. Y la verdad es que se ha visto que los grandes militares que sirvieron á Napoleón I, cambiaron de opinión. Ney sirvió primero á Bonaparte y luego á los Borbones; Bernadotte abandonó á Napoleón; Murat, siendo pariente suyo, le abandonó también; Soult sirvió primero á Bonaparte, luego á los Borbones, y por último á los Orleans; y siempre se ha visto que para todo sirven las bayonetas menos para sentarse en ellas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 12 DE MARZO DE 1870,
SOBRE LA POLÍTICA DEL GOBIERNO.

Señores Diputados, á pesar de las grandes preocupaciones que á todos nos embargan, voy á explanar mi interpelación, anunciada hace quince días, al Gobierno. El Congreso comprenderá que yo me encuentro hoy muy perplejo bajo el peso de grandes y trágicos incidentes. Yo me proponía, Sres. Diputados, hablar principalmente de una persona que en el pensamiento de algunos está destinada para la más alta magistratura que ejercerse puede en nuestra nación. Pero yo, torciendo todo el curso de mi oración, no aludiré, ni directa ni indirectamente, á esa persona, por el respeto que me inspiran siempre grandes y terribles desgracias.

Mi interpelación, pues, Sres. Diputados, se concretará á la política del Gobierno. Estamos mal, estamos muy mal. Si yo me dejara llevar del misticismo invencible, lo confieso, que hay en el fondo de mi alma, reclinaría la cabeza sobre el pecho, aguardando resignado la hora de la suprema catástrofe,